

Nuestros valores

Carlos Bravo y Fernández

La presente entrevista tuvo lugar en julio o a principios de agosto de 1935 y proviene de un recorte de revista sin fecha, conservado en el Archivo María Jiménez y familia.

Hice por encargo del director una entrevista al cinefotógrafo Agustín Jiménez, quien ha dejado de hacer fotografías fijas, para entregarse de lleno a la cinematografía. Lo encontré en los estudios de La Industrial, donde filmaba *El misterio del rostro pálido*.

-Esto está bueno- exclamó al verme -, esta película me va a sacar más canas de las que ya tengo. Pero no importa, me gustan los temas difíciles y éste me da la oportunidad. Si los laboratorios no me fallan, espero tener rotundo éxito y creo que esta cinta resultará del agrado de todos. Pero ¿qué anda usted haciendo por aquí? Ya hacía tiempo que no le veía.

- Vine a ver el rodaje de esta cinta y a charlar un rato con usted, si es que tiene tiempo.

- Estoy a sus órdenes, mi amigo. Aprovecharemos estos momentos que tengo desocupados, pues Juanito Bustillo Oro está estudiando concienzudamente el desarrollo de esta escena.

-Dígame, ¿dónde aprendió usted la fotografía?

-Verá usted, casi me viene de herencia. Mi padre fue fotógrafo y tuvo un pequeño taller en las calles de la Alhóndiga, pero en mi casa nunca me interesé por la fotografía. No fue sino hasta el año de 1916, muy chamaco todavía, cuando ingresé a la escuela industrial José María Chávez, donde me inicié en el arte fotográfico. En esa escuela impartía una clase de fotografía el señor Carlos Muñana, quien fue mi primer maestro. Después mi padre continuó enseñándome los secretos de la fotografía y yo, por mi parte, estudié en los trabajos de los mejores fotógrafos de México. El fotógrafo Silva tenía para mí una gran predilección, por sus bellos estudios de cabezas. Smarth era mi escogido por las poses tan elegantes que daba a sus modelos. Martín Ortiz, el maestro de los fotógrafos mexicanos, me

enseñó, a través de sus estudios, la técnica de sus alumbrados. Garduño siempre me ha gustado por su composición en los paisajes y en las figuras. Ramos, Brehme y Yáñez y otros que ya no recuerdo, como paisajistas. Pero cuando Edward Weston y Tina Modotti estuvieron en México, la técnica seguida por ellos me influenció tanto que acabé por crear mi propia manera de ver y sentir las cosas. Nunca he podido olvidar la sensibilidad artística de mi maestro, de quien me maravillaban sus efectos a contraluz.

- ¿Con qué trabajos se inició usted en la fotografía?

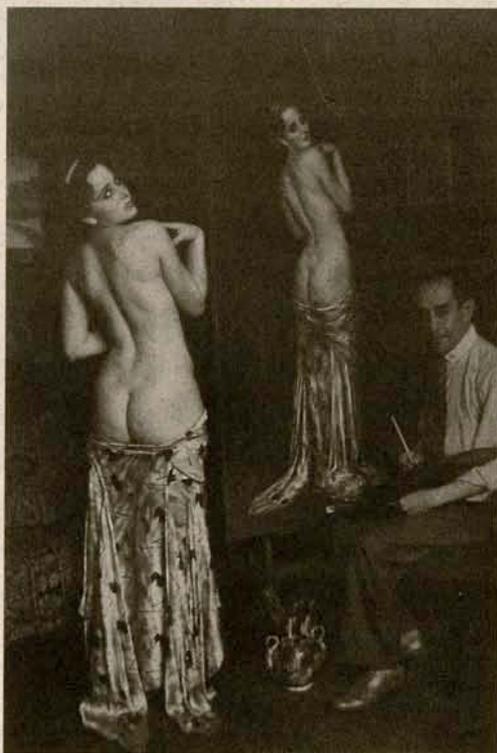
- Como reportero fotógrafo de los periódicos estudiantiles. Ya desde la preparatoria, siendo aún estudiante, colaboraba con mis fotografías para las revistas: *Policromías, Acción estudiantil, Prometeo, Horizonte, Génesis*, etc., etc. Más tarde, cuando abandoné los estudios para dedicarme de lleno a la fotografía, trabajé, por muy poco tiempo, para el periódico *El Universal* y más tarde en *Excelsior*, con Agustín Muñana, hijo de mi maestro. Meses después, logré que me nombraran fotógrafo de la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde aprendí a fotografiar óleos, esculturas y a poner las poses a los modelos. Ahí duré ocho años, de donde salí directamente a fotografiar películas nacionales.

- ¿Dónde completó usted su educación artística?

- En la Escuela Nacional de Bellas Artes. Ahí asistí

a las clases de dibujo del natural y del modelo desnudo y aprendí a dibujar y empaparme en los secretos del claro y oscuro. En esa escuela hice mi carrera para maestro en artes plásticas. Años después, fui nombrado profesor de fotografía de la misma, con gran beneplácito de mi parte, pues nunca pensé que de alumno pudiera convertirse en maestro.

- ¿Qué carrera hubiera usted elegido de no haber sido la que ejerce actualmente?



Nahui Olin y el pintor Ignacio Rosas en la Escuela Nacional de Bellas Artes, ca. 1925. AMJ



Autor no identificado, *Ganadores del concurso La Tolteca* (segunda y tercero de izquierda a derecha: Dolores Martínez de Anda y Manuel Álvarez Bravo; séptimo: Agustín Jiménez), 1931. AMJ
Abajo: Matías Santoyo, *Agustín Jiménez. ¡Viva México!*, 1931. AMJ

- Estuve a punto de ser pintor, porque la pintura me encantaba. Pero por consejos de un amigo mío, sacerdote, y que me visitaba seguido en mi estudio, me perfeccioné en la fotografía, por considerarla como un medio del arte, tan expresivo como el de la pintura. Y me hice pintor-fotógrafo, si me permite usted la denominación (modestia aparte). Al principio, pensaba que un fotógrafo no tiene más que un porvenir mediocre, pero pronto me di cuenta de que estaba equivocado, ya que un verdadero artista fotógrafo puede lograr la misma gloria que un gran escritor, o músico o poeta.

- ¿Cuáles han sido sus mayores triunfos como fotógrafo?

- El haber sido nombrado profesor de fotografía de la Escuela Central de Artes Plásticas. Después, haber salido victorioso en el concurso comercial que organizó la fábrica de cemento Tolteca, donde gané dinero y publicidad. Debo advertir a usted que ahí competí con todos los mejores fotógrafos de México, y a pesar de ello logré los premios, del primero al diez, consecutivamente. Después, el éxito que constituyó la exposición de una serie de fotografías de asuntos mexicanos efectuada en Nueva York, por cortesía de la señora Alma Reed, quien se encargó de dar a conocer mis trabajos a los fotógrafos yanquis, publicándose muchos de ellos en los magazines americanos y europeos. He colaborado en la mayoría de las mejores revistas mexicanas. Por último, la fotogra-

fía que hice para mi primer película: *Dos monjes*, fue muy elogiada, tanto aquí como en el extranjero, pues me han llegado noticias de que en Alemania los críticos la calificaron de estupenda.

- ¿Su aspiración máxima?

- Trabajar siempre para la cinematografía nacional, fotografiando las películas que se producen, cada vez con más intensidad, en nuestro suelo.

Tendí a Jiménez la diestra para despedirme de él, y mirándome a través de sus lentes, con sus ojillos penetrantes, exclamó:

-Oiga, jud. es fotogénico! ¿Qué le parece si le hago algunos estudios? En cuanto termine la filmación de esta cinta, lo espero en mi estudio y tendré mucho placer en fotografiarlo. Bustillo había resuelto su problema y dio orden a Agustín de emplazar la cámara en el sitio conveniente. Yo comprendí que estorbaba y sali, pensando en la frase que dedicó Matías Santoyo a Agustín, en una caricatura



que le hizo: "Al hombre que le puso alma a la cámara."

Los productores debían utilizar en todas sus películas a fotógrafos como Jiménez, que reúnen tanto conocimientos y experiencia, como cualidades de verdadero artista. Creo también que si a este muchacho se le enviara al extranjero a estudiar los últimos procedimientos cinematográficos, regresaría convertido en un positivo valor para la cinematografía mexicana.